

EXTRAÑA PARA MÍ

UNA VIDA EN UNA NUEVA LENGUA

EXTRAÑA PARA MÍ
UNA VIDA EN UNA NUEVA LENGUA

Eva Hoffman

Traducción: Sergio Sánchez Benítez

BÁLTICA **editorial**

Título original: Lost in Translation. A Life in a New Language

© Eva Hoffman, 1989

© de la traducción: Sergio Sánchez Benítez

© de esta edición: Báltica Editorial, 2018

Diseño y maquetación: Prema Served, www.premaserved.com

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-947227-3-8

DL: M-32638-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi familia,
que me dio mi primer mundo, y a mis amigos,
que a fin de cuentas me enseñaron a apreciar el Nuevo Mundo*

Parte I
El paraíso

Abril de 1959. Estoy junto a la barandilla de la cubierta superior del *Batory* y siento que mi vida se acaba. Observo a la multitud reunida en la orilla para despedir al barco que zarpa de Gdynia —una multitud que de repente está irrevocablemente al otro lado— y quiero huir, regresar, precipitarme hacia la excitación familiar, hacia las manos que se agitan, hacia las exclamaciones. No podemos abandonar todo esto, pero lo hacemos. Tengo trece años y emigramos. Es una noción tan demoledora, tan definitiva que podría muy bien significar el fin del mundo.

Mi hermana, que tiene cuatro años menos, me agarra la mano en silencio; apenas entiende dónde estamos o qué nos ocurre. Mis padres están muy nerviosos; la policía de aduanas les acaba de someter a un cacheo, un último trámite en su acoso antijudío. Sin embargo, los agentes no fueron suficientemente listos, o suficientemente suspicaces, para registrarnos a mi hermana y a mí; una suerte, porque llevábamos, en unos grandes bolsillos cosidos dentro de nuestras faldas y ocultos bajo amplios jerséis, objetos de plata que no teníamos permiso para sacar de Polonia.

Cuando en la orilla la banda ataca los vivaces ritmos de mazurca del himno polaco, una tristeza juvenil me perfora con tal fuerza que de pronto dejo de llorar y lucho, inmóvil, contra el dolor. Quiero desesperadamente que el tiempo se detenga y que el barco se pare por la fuerza de mi voluntad. Estoy sufriendo mi primer ataque severo de nostalgia o *tęsknota*; un término que añade a la idea de nostalgia tonos más intensos de tristeza y anhelo. Es un sentimiento que estoy condenada a conocer íntimamente en todos

sus matices y grados, pero, en este momento vacilante, me invade como una visita procedente de una nueva geografía de emociones, una anunciación del dolor que puede suscitar la ausencia. O una premonición de la ausencia, porque en esta encrucijada me siento llena de lo que estoy a punto de perder: imágenes de Cracovia, la cual he amado como se ama a una persona, de ciudades achicharradas por el sol donde hemos pasado las vacaciones de verano, de las horas que estuve trabajando ciertos pasajes con mi profesora de piano, de las conversaciones y escapadas con amigos. Cuando miro hacia delante, me tropiezo con un vacío enorme y frío: un ensombrecimiento, un borrado de la imaginación, como si el objetivo de la cámara fotográfica se hubiera obturado bruscamente o se hubiera corrido una pesada cortina sobre el futuro. Del lugar adonde nos dirigimos, Canadá, no sé nada. El vago contorno de un semicontinente, una impresión de vastos espacios poco habitados. Durante la guerra, en el escondite del bosque cubierto de ramas donde mis padres se ocultaban, mi padre tenía un libro titulado *Canadá, perfumado de resina*, el cual, en ese horrible confinamiento, le hablaba de majestuosas regiones salvajes, de animales deambulando sin que nadie los persiguiera, de libertad. En parte, esa es la razón por la que vamos allí y no a Israel, que es a donde la mayoría de nuestros amigos judíos se marcharon. Pero para mí la palabra *Canadá* remite de manera amenazante a *Sáhara*. No, mi mente rechaza la idea de que me lleven allí, no quiero que me arranquen de mi infancia, de mis placeres, de mi seguridad, de mi sueño de convertirme en pianista. El *Batory* se aleja, la sirena de niebla hace resonar su grave sonido de *shofar*¹, pero todo mi ser se moviliza en su terca negativa al desplazamiento. Mis padres ponen sus manos consoladoras en mis hombros; por un momento, se permiten reconocer que esta partida, que tanto han deseado, no está exenta de tristeza.

1 Instrumento de viento fabricado con el cuerno de un animal que se utiliza en ceremonias religiosas judías. [Esta nota y las siguientes son del traductor].

Muchos años después, en una elegante fiesta neoyorquina, una mujer me cuenta que tuvo una infancia maravillosa. Su padre era un diplomático de alto rango en un país asiático y había vivido rodeada de una elegancia suntuosa, de la cortesía de los sirvientes y de hombres maduros que le habían hecho delicadas insinuaciones. No es extraño, dijo ella, que a los trece años, cuando se acabó este capítulo de su vida, se sintiese expulsada del paraíso, y que desde entonces no hubiese dejado de buscarlo de nuevo.

No es extraño, en efecto. Lo extraño es lo que alguien puede llegar a considerar un paraíso. Le expliqué que me había criado en un apartamento lumpen en Cracovia, apretujada con otras cuatro personas en tres habitaciones rudimentarias, rodeada de riñas, de oscuros murmullos políticos, de recuerdos de la guerra y de sus sufrimientos y de la lucha diaria por la existencia. Y, aun así, cuando llegó el momento de marcharse, yo también sentí que me echaban del seguro y feliz jardín del Edén.

Estoy tumbada en la cama y contemplo las lentas sombras que dibujan en el techo las cortinas, agitadas por un viento ligero, y las luces de algún que otro coche. Intento con todas mis fuerzas no quedarme dormida. Estar despierta es tan agradable que quiero demorar el momento de perder la conciencia. Me acurruco bajo un enorme edredón de seda bordada a mano y relleno de plumas de ganso. En el otro extremo de la habitación está la cuna de mi hermana. Puedo oír la respiración de mis padres, que están en la habitación de al lado, «la primera habitación». La criada, una de las chicas de pueblo que se suceden en nuestra casa, duerme en la cocina. Estamos en Cracovia, en 1949, tengo cuatro años e ignoro que disfruto de esta felicidad en un país destruido recientemente por la guerra, un lugar donde mi padre tiene que emplearse a fondo para conseguir algo más que nuestras escasas raciones de carne y azúcar. Solo sé que estoy en mi habitación, que para mí es el mundo entero, y que las figuras en el techo bas-